

# Orfebre de la amistad hasta sus últimas consecuencias

Artículo de Pedro Paricio sobre Pablo Cabellos, sacerdote, que fue vicario del Opus Dei en Valencia desde 1991 a 2007.

23/03/2019

**Las Provincias** Orfebre de la  
amistad hasta sus últimas  
consecuencias (Descarga en PDF)

El 15 de mayo de 2013 conocí personalmente al sacerdote don Pablo Cabellos (1942-2019), colaborador también de esta tribuna de LAS PROVINCIAS durante muchos años. Contacté con él con ocasión de haber sido invitado a comer en nuestra casa. Fuimos en coche mi mujer y yo a recogerlo a la suya. Conforme nos acercábamos al portal de la vivienda, ambos nos miramos conmovidos al percibir su entrañable figura -ya septuagenaria- sujetando entre las manos, con total naturalidad, una bandejita de pasteles mientras esperaba nuestra llegada. Tras las presentaciones y saludos de rigor, le dijimos con delicadeza que agradecíamos la cortesía de su intención pero que, con nosotros, no debía de repetir este tipo de detalles.

Durante el trayecto hacia nuestro domicilio me percaté enseguida de sus dotes de buen conversador, de su

agilidad mental, de su refinada educación, de su sentido del humor y de su empática cercanía. Cuando al caer la tarde, transcurrida la comida y la tertulia, lo llevamos de vuelta a su casa y nosotros regresamos a la nuestra, me encontré ya con un correo electrónico en el que, además de decirme que escribía para probar la dirección, añadía: «Pero, sobre todo, para reiterar mi agradecimiento por el rato tan agradable que he pasado con vosotros y por los obsequios».

Esta inagotable capacidad de agradecimiento sería otra de las señas de su identidad. Desde entonces -hasta días antes de su reciente fallecimiento-, presidiría cualquier ocasión que se brindase a ello en los centenares de horas que hemos permanecido en contacto presencialmente, por conversación telefónica, por correo electrónico o por wasap, una herramienta de

comunicación a la que era muy aficionado y con la que la mayor parte de los días intercambiábamos varios mensajes y archivos. Sea cual fuere el asunto en cuestión, el último de los textos que enviaba siempre decía: «Muchas gracias. Un fuerte abrazo para ti y saludos cordiales para Begoña».

Este agradecimiento se entreveraba de inquietud cuando, ante la emoción que le despertaba la recepción de alguna sorpresa agradable, le costaba mantener la paciencia en los momentos previos a su descubrimiento. Así sucedía cada vez que le hacíamos algún regalo especial por su cumpleaños y Reyes: resucitaba la prisa del niño que había en él, dudando nerviosamente entre abrir cuanto antes el paquete para ver lo que contenía y no romper su envoltorio por respeto a quien portaba el obsequio.

Con el trato asiduo descubrí en él otras facetas de su rica personalidad, que el paso del tiempo no haría sino confirmarlas y agrandarlas en nuestra relación: su profundo amor a Valencia -siendo manchego de nacimiento-, su habilidad para las relaciones personales, su iniciativa y determinación en la toma de decisiones, su permanente disponibilidad para el acompañamiento espiritual, la calidez en la predicación de sus retiros, su afán por la oración («solo en la intimidad y quietud de la oración -dejó escrito- podemos entender algo más las cosas de Dios, sintonizar con Él e irnos habituando a ser cada uno de nosotros Cristo que pasa»), la formación y el apostolado. Volcado a todo lo que facilitara estas tareas, a mí me animó a participar en los medios de comunicación y a mi mujer a prodigarse en las redes sociales, colaborando además con él

en la gestión de alguno de sus grupos.

Su inmarcesible amabilidad le alejaba de la pesadumbre y la coacción. Jamás forzó mi libertad y respetó siempre mis decisiones. Ante él me sentí absolutamente cómodo en todo, sin más dependencia que la del afecto recíproco, sustentado en la comunicación, la confianza y la fidelidad. Poco a poco, la amistad se fue colando entre nosotros. Pero me consta que yo no fui una excepción, sino una más de las innumerables personas que -sin límite de edad, estado civil, escala social o cualquier otra circunstancia- hemos tenido la fortuna de que se cruzara en nuestras vidas. Porque no cabe duda de que buena parte de su talante vino propiciado por la conjunción de sus dones naturales y sus virtudes adquiridas en el trato humano, pero acrisolado todo ello por su consideración de la amistad con Dios

como garantía de la amistad con los hombres. Solo el engarce de la una en la otra permite alcanzar el culmen de la amistad. Solo así se puede llegar a la entrega total al Opus Dei, que -según don Pablo- era lo único que sabía hacer.

De él aprendí muchas cosas, pero me siento deudor especialmente de su legado afectivo, el derivado de una amistad que encarnó de la única manera que le era propia: aquella que se compromete hasta las últimas consecuencias, las que llevan a tratar a los amigos para que también ellos sean amigos de Dios.

Al terminar la redacción de estas letras, suena en mi teléfono una notificación de entrada de *wasap*. Me detengo estupefacto antes de coger el móvil. Deseo fervientemente que aparezca el logotipo 'Pablo Cabellos' seguido de un mensaje: «Muchas gracias. Un fuerte abrazo para ti y

saludos cordiales para Begoña». Pero miro la pantalla y no es así. 'Omnia in bonum!'.

Pedro Paricio

Las Provincias

---

pdf | Documento generado  
automáticamente desde [https://  
opusdei.org/es-es/article/pablo-cabellos-  
orfebre-amistad-obituario-sacerdote-  
opus-dei/](https://opusdei.org/es-es/article/pablo-cabellos-orfebre-amistad-obituario-sacerdote-opus-dei/) (08/02/2026)